

Problemática de una próxima exposición

Pasado mañana —miércoles—, el "I.A.C." inaugurará en sus dos salas una muestra de pintura latinoamericana. Ignoramos la calidad artística de las obras reunidas. Pero estamos seguros de la importancia del conjunto. El prestigio de que goza este instituto en el extranjero y el entusiasmo con que lleva a cabo sus proyectos —por más que ellos, como en este caso, demanden grandes esfuerzos—, nos garantizan la participación de los más connotados pintores de nuestra América. Tamayo y Lamm estarán ausentes, no obstante; les ha sido imposible enviar las obras solicitadas.

Como la identidad latinoamericana no sería otra cosa que la resultante de todas y cada una de nuestras respectivas identidades nacionales, nos encontraremos en el "I.A.C." con toda una problemática muy especial, muy nuestra: coligar la identidad colectiva con la calidad estética que de suyo es individual. Aparte las diferencias y variantes del parentesco iberoamericano, aquí —en esta coligación— convergen todos nuestros problemas artísticos. Aquí deben dialogar —en nuestro caso, sólo murmullan— individuo y sociedad, autoctenismo y universalidad, arte y colectividad, artista y obra, nacionalidad y nación, representación y expresión. Aquí se extravían nuestras ilusiones y que-

brantes. Y aquí se albergan nuestras ideologías.

Sin lugar a dudas, entre la identidad colectiva y la calidad estética no existe contradicción alguna. A pesar de no ser complementarias, necesariamente y no obstante que la naturaleza de una es estética y de la otra sociológica, ambas caen dentro de la originalidad artística. Pero para que esto suceda, es menester la presencia de una personalidad colectiva —o "individualización" grupal— suficientemente fuerte, como para resistir la competencia de los factores profesionales —de suyo internacionales—, de la cultura occidental con su internacionalización y de los elementos individuales plenos de rebelde fantasía; y además que sea asaz consolidada, como para ser irrenunciable cada vez que el artista —como productor o variante de la sociedad— llegue a lo intrínseco de sí mismo y de su arte.

Y por razones de calidad y cantidad, aventurado sería afirmar la existencia de una identidad latinoamericana. De cantidad, porque aún la mayoría de los latinoamericanos andan al margen de su respectiva entidad nacional; amén de la nacionalidad. Y de calidad, porque todavía no hemos adquirido importancia cultural. Cualquier sociedad puede tener entidad política, racial, idiomática, etc., y

existir de una manera especial. Lo importante, sin embargo, no es autorreconocernos en tal o cual manifestación cultural nuestra, por genial que ella sea, sino que nos reconozcan en nuestras obras. ¿Y cómo nos reconocerán sin una calidad estética que atraiga por su universalidad? ¿Y cómo obtener esa calidad en dimensiones nacionales o subcontinentales sin una realidad sociológica decantada, ni una sólida estructura cultural?

No nos engañemos: no puede haber revelación del origen colectivo sin originalidad estética; o sea, un modo típico de expresarse presupone calidad artística expresiva. Grandes maestros —genios— como Velázquez y Goya, por ejemplo, necesitaron de toda una evolución para encontrarse a sí mismo; en-si-mismamiento que les permitió hacer visible lo intrínsecamente español. (Demás estaría dar razones para rechazar en arte lo extrínseco, el folklore y una tosca sicología como irrefutables sellos colectivos.)

Ahora bien: ¿cómo explicarse entonces, la creencia de que nos basta pintar para revelar la identidad nacional? ¿por qué queremos ser —en sentido pasivo, se entiende— latinoamericanos antes que activamente pintores? ¿por qué nuestro artista reclama y se lamenta de la falta de una identidad colectiva, cuando no hace nada, ni lo intenta por conformarla?, por cuestionarla?, ¿por transformarla mediante una actitud crítica y rebelde?, ¿mediante la libertad interior que exige la creación artística?

Basta estudiar las ideologías que nos ha inculcado nuestra dispar —terriblemente polarizada— estructuración político-social, para dar con el origen de nuestros equivocados énfasis artístico-culturales; de nuestras frustraciones. Estamos fuertemente asidos a falacias genéticas. En ellas descargamos abúlicamente nuestra responsabilidad.

Un racismo (indigenismo) creyendo en un ser latinoamericano inmutable e ahistórico; lo telúrico con su chabacano "medio" a lo Taine; el pasadismo haciendo, equivocada e interesadamente, de todo antecedente una tradición; y el individualismo blandiendo la inspiración, la predestinación, como lo único que hace posible la creación artística, serían las principales falacias genéticas. Ellas son halagadoras, por ciento, pero demagógicas. Sobre todo, inhiben la presencia de las fuerzas teleológicas, las más eficaces para conformar la identidad colectiva.

Mientras la mayoría de los artistas latinoamericanos siga aferrada a estos cómodos, pero esterilizantes, determinismos, continuará en la flagrante renuncia que la profesión misma le impone. Pero cuando una estructura cultural, con su equi-

brado número de productores y consumidores de arte, permita que esta mayoría retome la profesión en su sentido cabal y generoso, entonces la identidad colectiva principiará a ser el resultado de una elección existencial, de una actitud crítica.

La exposición del "I.A.C." nos dará cuenta hasta qué punto se han superado las susodichas falacias; hasta qué punto tenemos pintura y se la puede denominar latinoamericana; o si estos términos son simples y vulgares apelativos.